



Tommy Orange

NI AQUÍ NI ALLÍ

Índice

Prólogo

Primera parte. Remanente

Tony Loneman

Dene Oxendene

Opal Viola Victoria Bear Shield

Edwin Black

Segunda parte. Reclamo

Bill Davis

Calvin Johnson

Jacquie Red Feather

Orvil Red Feather

Interludio

Tony Loneman

Calvin Johnson

Dene Oxendene

Jacquie Red Feather

Tercera parte. Regreso

Opal Viola Victoria Bear Shield

Octavio Gomez

Daniel Gonzales

Blue

Thomas Frank

Cuarta parte. Powwow

Orvil Red Feather
Tony Loneman
Blue
Dene Oxendene
Opal Viola Victoria Bear Shield
Edwin Black
Calvin Johnson
Daniel Gonzales
Jacquie Red Feather
Octavio Gomez
Edwin Black
Thomas Frank
Looter y Lony
Daniel Gonzales
Blue
Dene Oxendene
Orvil Red Feather
Calvin Johnson
Thomas Frank
Bill Davis
Opal Viola Victoria Bear Shield
Jacquie Red Feather
Blue
Opal Viola Victoria Bear Shield
Tony Loneman

Agradecimientos

Algunas pocas palabras claves y algunas claves en pocas palabras

Créditos

Para Kateri y Felix

Prólogo

*En los tiempos oscuros
¿se cantará también entonces?
—También entonces se ha de cantar.
Sobre los tiempos de tiniebla.*

BERTOLT BRECHT¹

CABEZA INDIA

Había una cabeza india, la cabeza de un indio, el dibujo de la cabeza de un indio con el pelo largo y un penacho de plumas que dibujó un artista desconocido en 1939 y que estuvo apareciendo hasta finales de la década de 1970 en los televisores de todo el país cuando se quedaban sin programas. Se llamaba la carta de ajuste de la cabeza india. Si dejabas la tele encendida, oías un tono a 440 hercios —el que se utiliza para afinar instrumentos— y veías a ese indio, rodeado de círculos que parecían las miras de una escopeta. En medio de la pantalla había algo parecido a una diana, con números que podían ser coordenadas. La cabeza del indio estaba justo encima de la diana, como si lo único que tuvieras que hacer fuera asentir alzando la barbilla para apuntar la mira al blanco. Era solo una cuestión de ajuste.

En 1621 los colonos invitaron a un banquete a Massasoit, el jefe de los wampanoags, para celebrar el tratado al que habían llegado sobre unas tierras. Massasoit acudió con noventa de sus hombres. Esa comida y no otra es la razón por la que aún hoy nos juntamos para comer en noviembre, pa-

ra celebrarlo como una nación. Pero aquello no fue una comida de acción de gracias, fue una comida para cerrar un tratado. Dos años más tarde hubo otra comida similar que pretendía simbolizar la amistad eterna. Esa noche doscientos indios cayeron fulminados por culpa de un veneno desconocido.

Para cuando el hijo de Massasoit, Metacomet, se convirtió en jefe, los indios y los Peregrinos ya no se reunían para comer. Metacomet, conocido también como Rey Felipe, se vio obligado a firmar un tratado de paz por el que entregaba todas las armas indias. Ahorcaron a tres de sus hombres. Es muy probable, por decirlo suavemente, que su hermano Wamsutta fuera envenenado después de que la corte de Plymouth lo convocara y lo apresara. La suma de todo esto llevó a la primera guerra india oficial, la primera guerra contra los indios, la guerra del Rey Felipe. Al cabo de tres años, la contienda había acabado y Metacomet había huido. Hasta que lo capturaron Benjamin Church, el capitán de los *rangers* primigenios, y un indio que se hacía llamar John Alderman. Metacomet fue decapitado y desmembrado; descuartizado, para ser más exactos. Colgaron las cuatro partes de su cuerpo en árboles de las inmediaciones para que los pájaros las picotearan libremente. Alderman fue obsequiado con la mano de Metacomet, que guardó en un bote con ron y llevó con él durante años (cobrando a la gente por verla). La cabeza de Metacomet se vendió en la colonia de Plymouth por treinta chelines (el precio vigente por cabeza de indio en aquella época). La ensartaron en una pica y la procesionaron por las calles de Plymouth, para más tarde quedar expuesta en el fuerte de la colonia durante veinticinco años.

En 1673 entre cuatrocientos y setecientos pequots se reunieron para el baile anual del Maíz Verde. Los colonos rodearon su poblado, le prendieron fuego y dispararon a to-

do pequot que intentó huir. Al día siguiente la colonia de la bahía de Massachusetts lo celebró con un banquete, y el gobernador lo declaró día de acción de gracias. Se celebraron acciones de gracias de este tipo por doquier, siempre que se daba lo que es de justicia llamar «matanzas triunfales». Al parecer, en una de estas celebraciones en Manhattan la gente lo festejó pateando cabezas de pequots por las calles como si fueran balones de fútbol.

La primera novela de un nativo, y la primera escrita en California, en 1854, es obra de un cheroqui llamado John Rollin Ridge. Su *Vida y aventuras de Joaquín Murrieta* está basada en un bandido mexicano que era conocido por ese nombre y que, al parecer, vivió realmente en California, hasta que en 1853 fue asesinado por un grupo de *rangers* de Texas. Para demostrar que lo habían matado y poder cobrar la recompensa de cinco mil dólares por su cabeza, se la cortaron. La conservaron en un bote con whisky. También se quedaron con la mano de su compinche, Jack *Tres Dedos*. Los *rangers* se llevaron la cabeza de Murrieta y la mano de Jack de gira por California y fueron cobrando un dólar de entrada por el espectáculo.

La cabeza india en el bote, la cabeza india en una pica, eran como banderas izadas, para ser vistas y proyectadas a lo largo y ancho. Al igual que la cabeza india de la carta de ajuste que nos proyectaban a los estadounidenses dormidos mientras zarpábamos desde nuestros salones, a través de las resplandecientes ondas hercianas color mar azul verdoso, hasta las orillas, las pantallas del Nuevo Mundo.

CABEZA RODANTE

Existe un viejo cuento cheyene sobre una cabeza rodante. Oímos contar que hubo una familia que se mudó del campamento donde vivía para ir a instalarse al lado de un lago, padre, madre, hija e hijo. Por la mañana, cuando acababa su danza, el padre le cepillaba el pelo a su mujer y le pintaba la cara de rojo antes de irse a cazar. Cuando volvía, ella tenía la cara limpia. Después de que esto ocurriera varias veces, decidió seguirla y esconderse, ver qué hacía mientras él no estaba. Se la encontró en el lago, con un monstruo acuático, una especie de serpiente, enroscado en un abrazo a su alrededor. El hombre cortó en pedazos al monstruo y mató a su mujer. Luego les llevó la carne a sus hijos, que notaron que sabía distinta. El hijo, que seguía tomando pecho, dijo: «Sabe igual que mi madre». Su hermana mayor le dijo que no era más que carne de ciervo. Mientras comían, entró rodando una cabeza. Salieron corriendo y la cabeza los siguió. La hermana se acordó del sitio donde jugaban, lo gruesos que eran allí los espinos y, con sus palabras, hizo que los arbustos cobraran vida tras ellos. Pero la cabeza se abrió paso y siguió avanzando. La niña recordó entonces un sitio donde había rocas apiladas en montones intrincados. Las rocas aparecieron cuando habló de ellas, pero, como no consiguieron detener la cabeza, tuvo que marcar una línea muy profunda en el suelo, originando una honda grieta que la cabeza no pudo saltar. Sin embargo, después de que la lluvia arreciara durante días, la grieta se llenó de agua. La cabeza la vadeó y, al llegar al otro lado, se dio la vuelta y se bebió toda el agua. La cabeza rodante se sumió en una gran confusión y se emborrachó. Quería más. Más de cualquier cosa. Más de todo. Y siguió rodando sin más.

Pasando a otra cosa, algo que debemos tener presente es que nadie hizo rodar cabezas por escaleras de templos. Eso se lo inventó Mel Gibson. Pero los que vimos la película seguimos viendo esas cabezas rodando por escaleras de templos en un mundo que pretendía recrear la verdadera

realidad amerindia del México del siglo XVI. A los mexicanos antes de ser mexicanos, antes de que llegaran los españoles.

Todo el que ha querido nos ha definido a su manera, y seguimos padeciendo difamaciones a pesar de lo fácil que resulta consultar por internet datos sobre la realidad de nuestras Historias y sobre nuestra realidad actual como pueblo. Está la típica silueta del indio derrotado y triste, están las cabezas rodando por escaleras de templos, está todo en nuestra cabeza, Kevin Costner salvándonos, John Wayne matándonos a tiros con su Peacemaker, un italiano llamado Iron Eyes Cody haciendo de nosotros en el cine. Tenemos al indio con la cara surcada de lágrimas de la campaña de Keep America Beautiful (también Iron Eyes Cody), y al indio loco estrellalavabos que era el narrador de *Alguien voló sobre el nido del cuco*, la voz de la novela. Tenemos todos esos logos y distintivos de los equipos. La copia de una copia de la imagen de un indio en un libro de texto. Desde la punta norte de Canadá, la punta de Alaska, hasta el extremo más meridional de Sudamérica, a los indios nos quitaron de en medio y luego nos redujeron a una imagen con plumas. Nuestras cabezas están en banderas, sudaderas y monedas. Estuvimos primero en los peniques —cómo no, el céntimo indio— y luego en el níquel del búfalo, ambos antes incluso de que nos reconocieran el derecho a votar como pueblo. Ahora, como la propia verdad de todo lo ocurrido en la Historia mundial, y toda la sangre derramada en matanzas, están fuera de circulación.

LA MATANZA COMO PRÓLOGO

Algunos crecimos con relatos de matanzas; relatos sobre qué le pasó a nuestro pueblo no hace tanto, sobre cómo logramos recuperarnos de eso. Oímos contar que en Sand Creek nos segaron con sus obuses. Una milicia de volunta-

rios al mando del coronel John Chivington vino decidida a matarnos: éramos sobre todo mujeres, niños y ancianos. Los hombres estaban cazando. Nos dijeron que izáramos la bandera americana. La izamos e izamos también una bandera blanca. Rendición, decía en su ondear la bandera blanca. Los esperamos bajo ambas banderas mientras venían hacia nosotros. Hicieron mucho más que matarnos: nos desgarraron, nos mutilaron, nos partieron los dedos para quitarnos los anillos, nos cortaron las orejas para quedarse con nuestra plata, nos arrancaron la cabellera. Nos escondimos en los huecos de los troncos, nos enterramos en la arena de la orilla de los ríos. La sangre corrió por esa misma arena. Nos arrancaron a bebés nonatos de nuestras barrigas, nos quitaron lo que pretendíamos ser, nuestros hijos antes de ser hijos, nuestros bebés antes de ser bebés, nos los arrancaron de las entrañas. Partieron blandas cabezas de bebé contra árboles. Después se llevaron partes de nuestros cuerpos como trofeos y los expusieron en un escenario en el centro de Denver. El coronel Chivington bailó con extremidades nuestras en sus manos, con vello púbico de mujeres, borracho, bailó, y el gentío que se congregó ante él tenía si cabe más delito, por jalearlo y reír con él. Era una fiesta.

DURO, RÁPIDO

En teoría, llevarnos a las ciudades iba a ser el último paso necesario en nuestra asimilación, absorción, borrado, la culminación de una campaña genocida de quinientos años. Pero la ciudad nos renovó y nosotros la hicimos nuestra. No nos perdimos entre el desbarajuste de edificios altos, la corriente de caras anónimas, el incesante ruido del tráfico. Nos encontramos los unos a los otros, fundamos nuestros centros indios, hicimos florecer nuestras familias y nuestros *powwows**², nuestras danzas, nuestras canciones, nuestras

labores de abalorios. Compramos y alquilamos casas, dormimos en las calles, bajo los puentes de las autovías; estudiamos, nos enrolamos en las fuerzas armadas, poblamos los bares indios del Fruitvale en Oakland y de The Mission en San Francisco. Vivimos en poblados de vagones en Richmond. Hicimos arte e hicimos hijos e hicimos sitio para que nuestro pueblo fuera y viniera entre la reserva y la ciudad. No nos mudamos a las ciudades para morir. Las aceras y las calzadas, el cemento, absorbieron nuestra opresión. El cristal, el metal, el caucho y los cables, la velocidad, las avalanchas de gente: la ciudad nos acogió. Por entonces no éramos indios urbanos. Fue parte de la Ley de Recolocación de Indios*, que formaba parte a su vez de la política de Terminación de Indios*, que era y es justo lo que su propio nombre indica: hacerlos parecer y actuar como nosotros, que se conviertan en nosotros y desaparezcan del todo. Pero no todo fue de esa manera. Muchos fuimos por elección propia, para empezar de cero, para ganar dinero o para vivir una experiencia nueva. Algunos fuimos a las ciudades para escapar de las reservas. Nos quedamos después de luchar en la Segunda Guerra Mundial, y también en Vietnam. Nos quedamos porque la ciudad suena igual que una guerra y, una vez que has estado en una, ya no puedes irte de la guerra, solo puedes mantenerla a cierta distancia; y eso es más fácil cuando la tienes cerca, para verla y oírla, el metal rápido, los tiroteos constantes a tu alrededor, los coches yendo y viniendo como balas por calles y circunvalaciones. La tranquilidad de la reserva, los poblados a los lados de la carretera, las comunidades rurales, esa clase de silencio solo hace que el sonido de tu cerebro encendido resuene mucho más.

Ahora muchos somos urbanos. Si no porque vivimos en ciudades, porque vivimos en internet. Dentro de la torre rasca-cielos con infinidad de ventanas de navegador. Solían lla-

marnos indios de acera. Nos llamaron urbanitas, superficiales, falsos, refugiados sin cultura, manzanas. Las manzanas son rojas por fuera y blancas por dentro. Pero lo que somos es lo que nuestros antepasados hicieron, cómo sobrevivieron. Somos los recuerdos que no recordamos, que viven en nosotros, que sentimos, que nos hacen cantar, bailar y rezar como lo hacemos, sentimientos derivados de recuerdos que llamean y florecen inesperadamente en nuestras vidas, como la sangre que atraviesa una manta desde una herida provocada por una bala descargada por un hombre que nos dispara por detrás para arrancarnos la cabellera, la cabeza, por una recompensa o simplemente para librarse de nosotros.

La primera vez que vinieron a por nosotros con sus balas, no paramos de movernos a pesar de que la velocidad de esas balas doblaba la de nuestros gritos, ni siquiera cuando nos partieron la piel con su calor y su velocidad, cuando nos hicieron añicos los huesos, los cráneos, nos agujerearon los corazones, ni siquiera entonces paramos nosotros de seguir adelante, incluso después de ver cómo las balas hacían ondear nuestros cuerpos en el aire como banderas, como las muchas banderas y edificios que se levantaron en lugar de todo por lo que antes reconocíamos esta tierra como tierra. Las balas fueron premoniciones, espectros de sueños de un futuro duro, rápido. Las balas siguieron avanzando después de avanzar a través de nosotros, se convirtieron en la promesa de lo que estaba por venir, la velocidad y la matanza, las líneas duras, rápidas, de fronteras y edificios. Lo cogieron todo y lo desmenuzaron hasta convertirlo en un polvo más fino que la pólvora, pegaron tiros al aire para celebrar sus victorias y esas balas perdidas salieron volando hasta la nada de las Historias mal escritas y pensadas para ser olvidadas. Las balas perdidas y sus con-

secuencias aún siguen aterrizando sobre nuestros cuerpos ingenuos.

URBANIDAD

Los indios urbanos han sido la generación nacida en la ciudad. Hemos estado desplazándonos durante mucho tiempo, pero la tierra se desplaza contigo como la memoria. Un indio urbano pertenece a la ciudad, y las ciudades pertenecen a la tierra. En este mundo todo se conforma en relación con el resto de seres vivos y no vivos de la tierra; todas nuestras relaciones. El proceso que da a toda cosa su forma actual —químico, sintético, tecnológico o de otro tipo— no impide que el resultado siga siendo un producto de la tierra viva. Edificios, circunvalaciones, coches: ¿no son de la tierra? ¿Los han traído desde Marte, desde la luna? ¿Es porque han sido procesados, manufacturados, o porque los manipulamos? ¿Tan distintos somos nosotros? ¿Acaso no fuimos en otro tiempo algo completamente diferente, *Homo sapiens*, organismos unicelulares, polvo espacial, teoría cuántica indeterminada previa al Big Bang? Las ciudades se forman de la misma manera que las galaxias. Los indios urbanos se sienten como en casa cuando caminan a la sombra de un edificio del centro. Hemos acabado conociendo el perfil del centro de Oakland mejor que cualquier cordillera sagrada, los bosques de secuoyas rojas de las colinas de Oakland mejor que cualquier otro bosque más salvaje y frondoso. Conocemos el sonido de las autovías mejor que el de los ríos, el aullido de los trenes lejanos mejor que los aullidos de los lobos, conocemos el olor a la gasolina y al cemento recién echado o la goma quemada mejor que el de las tuyas gigantes, la salvia o incluso el pan frito con manteca, que nada tiene de tradicional, de la misma manera que las reservas no son tradición. Pero nada es original, todo viene de algo que vino antes, que una vez no

era nada. Todo es nuevo y está condenado. Cabalgamos en autobuses, trenes y coches por, sobre y bajo llanuras de cemento. Ser indio nunca ha tenido que ver con regresar a la tierra. La tierra está en todas partes y en ninguna.

[1](#) De "Poemas de Svendborg" en traducción de José de la Calle. *Cuadernos hispanoamericanos*, núm. 203 (noviembre 1966), pp. 354-369.

[2](#)* Los lectores encontrarán al final del libro «Algunas pocas palabras clave y unas claves en pocas palabras» con una breve relación de términos, marcados en el texto mediante asteriscos, que pretenden aclarar algunos conceptos con los que los lectores del original podrían estar más familiarizados que los de la traducción española (*N. de la T.*).